

NOTAS INTERNACIONALES



Una guerra que termina...

Después de tres años de una matanza estúpida, se han avenido los gerentes de la criminal empresa a una negociación de la paz. El balance no puede ser más desconsolador. 70.000 muertos, 200.000 heridos y fantásticas sumas entregadas a la destrucción rubrican las páginas de la enorme angustia que fueron escritas en esos treinta y seis meses de locura bélica. Y todo esto para qué? Ni siquiera se ofrece como resultante la clásica solución de la lógica burguesa, para la cual al cabo de una guerra debe afirmarse por un lado la potencialidad técnico-militar (con una supuesta primacía histórica de los vencedores), y por el otro, la sumisión de los vencidos bajo el fallo inapelable del destino.

En esta malhadada guerra del Chaco hubo un sólo derrotado y vilipendiado: es la masa proletaria que allende y aquende las selvas ha sido obligada a dejar sus vidas y la precaria paz de sus hogares. Allende y aquende del Chaco Boreal hay a la fecha un mar de lágrimas y de miserias, que contrasta con la insolente holgura económica de una minoría satisfecha por las pingües ganancias que le ofreciera la guerra como empresa comercial.

Hay, no obstante, un pequeño saldo favorable. El grueso de la masa popular, particularmente de del Altiplano, ha tenido hasta esta guerra una característica de pasividad suicida. Los grandes sectores de la población autóctona se habían perfilado como un elemento humano incapaz de una reacción contra los factores opresivos. Parecían convencidos de su efectiva inferioridad frente a los señores del gobierno, los tenedores de las tierras y los propietarios de las industrias. La vida en las trincheras les ha enseñado otra cosa. Han aprendido a manejar las armas, se les ha hablado de la equivalencia de todos los combatientes y han visto que

la piel blanca se contraía frente al terror de la metralla con idénticas manifestaciones de miedo que la bronceada. La idea fatalista de las castas ha sufrido un rudo golpe y, a estar a lo que refieren recientes visitantes, la masa indígena ha dado un enorme paso hacia el despertar.

Está terminado el fuego en las trincheras pero falta ahora liquidar la guerra, y los efectos de la guerra, en ambos países. Una vieja experiencia nos enseña que esto no es problema tan fácil. Gente que ha mirado la muerte durante años cara a cara, aumenta en capacidad combativa y se halla en mejores condiciones de lucha por un mejoramiento social. Algún colazo reconfortante habremos de constatar acaso muy pronto en la lucha de esos proletariados contra sus explotadores.

... y una que está en ciernes

Es un viejo recurso de los dictadores agitar la vorágine de la guerra y apagar con el ruido de los sables el clamor de los hambrientos. Mussolini lo reedita al movillar clase tras clase y enviarlas a una matanza feroz que dentro de breve habrá de estallar en las malsanas selvas de Etiopía. La suma de las exacciones impositivas y la desesperación de los desocupados han llegado a un término que cristaliza en la península una enorme oposición al régimen fascista. Los pueblos soportan uno, cinco, diez años de tiranía política y esclavitud económica; pero llega un momento en que el cuerpo social se satura de tal manera de indignación, que la estabilidad del régimen entra en un período de crisis. Y siendo que no hay solución, por cuanto la política italiana interna marcha a la zaga de una economía capitalista explotadora de la totalidad del pueblo en beneficio de los "supremos diez mil" que

poseen las tierras, controlan las finanzas y manejan la industria, se vé la dictadura en la necesidad de provocar la guerra.

Esta guerra de Abisinia va a ser tan estúpida y acaso aún más criminal que la del Chaco. Se dará el caso de un avasallamiento que, como procedimiento, tiene sólo parangón en los salteadores de caminos. Ya no se trata del logro de alguna ventaja local o de una de las tantas incidencias que las potencias imperialistas han aprovechado a menudo para ensanchar su influencia; en el presente caso estamos frente a una tentativa de violación tal de todo derecho internacional y de gente que hasta palidece la acción de los aventureros nipones en la Manchuria y el Norte de la China. En la Manchuria se ha guardado siquiera la forma al simular que en la China se produce un desprendimiento de provincias con pretensiones de autonomías. En cambio, Etiopía, que está en la Liga de las Naciones, está a punto de ser convertida en una gran factoría italiana. Se le impondrá un "protectorado" con metralla y gases asfixiantes. Primero la masacre y después la protección.

El derecho de asilo en Francia

Después que la insurrección fuera aplastada por la ferocidad de los tercios extranjeros, y ante la seguridad de que se iría a desencadenar sobre la región minera una ola de tremendas represalias, trataron centenares de los revolucionarios ganar la frontera o la costa, para huir de las prisiones o tal vez hasta del cadalso. Un buen número logró escaparse a Francia pero Francia garantiza el derecho de asilo de una manera que lo hace ilusorio para los proletarios que se levantan en armas contra la reacción. Pueden quedarse, siempre

que se olviden de que son revolucionarios y obreros. Todavía les toleraría lo primero por considerar que el aparato estatal de Francia basta para reprimir cualquier acción proletaria; en cambio, lo que no se les tolera es que pretendan vender su trabajo en las minas o las fábricas del país. Francia quiere turistas o revolucionarios adinerados. Y es así, que mientras a un Venizelos se recibió con los brazos abiertos, hubo y hay para los fugitivos españoles obstáculos insuperables para ganar el mínimo de subsistencia.

Las nuevas perspectivas revolucionarias en la Europa Central.

A estas horas estamos aproximadamente en condiciones de establecer el saldo que ha quedado en Alemania y Austria después de la tremenda represión que llevara la burguesía fascizante contra el movimiento proletario. En ambos países ha llegado la agresividad reaccionaria a un punto de su desarrollo que parece indicar un punto de quietud y, por lo menos en lo que se refiere al caso de Austria, hasta hay indicios de un ligero reagrupamiento de los cuadros socialistas. Naturalmente no significa esto un efectivo renacimiento del movimiento obrero; apenas si nos hallamos frente a los tímidos intentos de reajustar los eslabones perdidos y hacer de los microscópicos puntos de resistencia un algo orgánico.

Después del feroz impacto que sufriera la organización obrera en Alemania, había quedado poco o nada de lo que podría llamarse una directiva. Socialistas y comunistas se mostraron por igual incapaces de resistir la terrible arremetida del fascismo y hubieron de dar en los primeros momentos la impresión de movimientos liquidados. Esta impresión se infirió especialmente a la socialdemocracia que fué barrida con entera facilidad. Hasta se hubo

de aceptar la humillante declaración de los jefes hitleristas para quienes la conducta del reformismo tenía condiciones de "capitulación abyecta". Salvo raras excepciones — y esas no venían, como es natural, de la esfera directiva — se caracterizó ésta por una inescrupulosidad sin paralelo en la historia política obrera; cualquiera de los otros partidos, inclusive los mismos católicos, exhibieron mayor moral revolucionaria y más dignidad que los Loebe, Braun, Severing y compañía.

La falta de voluntad para la lucha quedó en evidencia con las palabras del "ciudadano" — evitemos llamar a los traidores "compañeros" — Loebe, quien en las postrimerías de la endable potencialidad electoral de los socialdemócratas, creyó de conveniencia entregar el gobierno a Hitler "para ver qué hace con él".

Hoy se hallan algunos de ellos en "Schutzhaff", lo que quiere decir "prisión protectora"; en realidad no está mal elegido el término de la protección, pues, a estar libre, no faltarán en millares de puños proletarios la vehemente intención de acortar unas cuantas existencias miserables que han traído tantas penurias para la clase trabajadora alemana.

La acción ilegal improvisada

Ante la inminencia del desastre se aprestaron algunas secciones de la socialdemocracia, particularmente en Sajonia, Thuringia y la cuenca rhenana, a reorganizarse precipitadamente sobre el principio celular. Demás está decir que se trataba de intentos defectuosos, desde que la acción ilegal no se improvisa. Sobre estos camaradas de coraje temerario se descargó con una brutalidad inaudita la violencia fascista: una tras otra siendo delatadas y entregadas, debiéndose esto al error de consti-

tuir grupos excesivamente numéricos. Además adolecían del defecto, explicable en los momentos de la catástrofe, que carecían de una dirección. Los pequeños grupos trabajaban anárquicamente, sin disciplina orgánica, por lo cual su esfuerzo se esterilizaba en ambientes terriblemente hostiles. Les faltaba la prensa y ese aliento que da la certeza de que en el barrio o la ciudad vecina hay gente con idénticos propósitos.

Los comunistas sobrellevaron mejor la ferocidad del golpe, pero también se sintieron las consecuencias del alejamiento durante años de una línea auténticamente revolucionaria. Acaso les hubiere convenido no distraerse tanto en la contemplación de la podredumbre política, e intentar una insurrección contra el último gobierno socialdemócrata o el de Brüning. Por cierto que el resultado no hubiese sido dudoso, pero hubiera alterado el curso del proceso de descomposición de la política alemana. El comunismo se hubiese visto puesto en la ilegalidad; sus potentes cuadros se habrían tonificado en la penosa y peligrosa tarea de agitar masas subterráneamente. El mecanismo revolucionario se habría establecido sobre una mayor disposición al sacrificio. Para muchos obreros socialistas hubiese significado el activismo insurreccional una sugestión alentadora. La socialdemocracia, al tener que reprimir desde el gobierno con medidas sangrientas levantamiento proletario, habría hecho crisis antes del advenimiento del fascismo.

Pero todo esto pertenece al pasado; a un pasado por desgracia irrevocable. Por otra parte no se trata aquí de señalar este aspecto de la vida proletaria internacional sino su reajuste en la actualidad.

E. S.